

ALDONZA

Aldonza abrió los ojos y vio una raya de luz en la ventana, dio una vuelta más entre las sábanas, se desperezó lentamente y, cuando comenzaba a calzarse, oyó la voz de su madre que la llamaba a lo lejos. Abrió la ventana, aireó las sábanas, dobló el colchón y, ya lavada, se acercó a la cocina para avivar el fuego que ardía dormido en los rescoldos; arrimó el puchero para que fuera cociendo lentamente y, luego, tomó tranquilamente su tazón de leche.

Toda la mañana anduvo trajinando: ordenó los vasares, limpió la loza, regó el patio, se entretuvo en podar la parra que comenzaba a dar una sombra fresca al mediodía; lo barrió todo mientras canturreaba por lo bajo y se afanaba en no pensar, porque pensar la trastornaba y, últimamente, su vida había cambiado tanto... Total, hacía sólo unas semanas que él había llegado y parecía, le parecía a Aldonza, que siempre, todo, había sido así. Por las mañanas, al terminar las faenas, acudía a la fuente de la Plaza a por agua fresca. Era una fuente de tres caños, uno por cada costado y por el cuarto se extendía una pileta donde el agua quedaba remansada. En su ancho borde se sentaban las muchachas a charlar y a reír cada mañana. Bordeando la plaza había una hilera de acacias y por allí paseaban los mozos o hacían corros los días de fiesta; pero a diario sólo acudían a la fuente las mozas, charlaban brevemente y volvían, con el cántaro a la cadera, a sus casas. Era una tradición beber aquella agua y seguían acarreándola al estilo de sus abuelas.

Pero las últimas semanas habían sido diferentes. Había llegado al pueblo un muchacho que de niño fue vecino de Aldonza y que, desde hacía ya varios años andaba por Salamanca estudiando. Al encontrarse se habían saludado con afecto recordando los antiguos juegos y, al mismo tiempo, Aldonza se había deslumbrado ante la soltura del estudiante, su facilidad de palabra, la cantidad de cosas que sabía, lo bien que las contaba, las lenguas que hablaba. ¡Era tan diferente a los otros mozos del pueblo!

Por su parte, al estudiante también le gustó la compañía de Aldonza; era primitiva, natural, de ademanes francos y sonrisa fácil, más que hermosa, lozana, alegre, viva, ¡tan joven! Solían encontrarse en la plaza. Cuando Aldonza acudía con su cántaro a la cadera él ya estaba paseando a la sombra de los árboles. Se miraban ya desde lejos mientras él iba acercándose y ella le esperaba risueña y con mil preguntas nuevas en su boca esperando ser contestadas por el muchacho.

Una mañana que él no acudió a la cita ella volvió a su casa, bordeando la de él, para verle, para enterarse qué le pasaba. Le encontró leyendo un libro, tan distraído que ni notó su presencia. Aldonza quedó confundida, se preguntaba qué podía encontrar en un libro que fuera más

agradable que pasear bajo los árboles, oír el arrullo del agua y hundir las manos en ella, reír con las muchachas, cercarla a ella... y él, como adivinando su pensamiento le mostró la primera página del libro y recitó como de memoria, pero Aldonza notaba que lo leía, recitó:

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra. Dirigido al Duque de Béjar, Marqués de Gibraleón, Conde de Benalcázar y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcocer, Señor de las Villas de Capilla, Curiel y Burguillos. Año 1605. Con privilegio. En Madrid, por Juan de la Cuesta. Véndese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nuestro Señor.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUI- XOTE DE LA MANCHA,

Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.

DIRIGIDO AL DUQUE DE BEJAR,
Marques de Gibraleon, Conde de Benalcazar, y Bañares.
Vizconde de la Puebla de Alcocer, Señor de
las villas de Capilla, Curiel, y
Burguillos.



CON PRIVILEGIO,
EN MADRID, Por Juan de la Cuesta.

Véndese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro Señor.

Y con todo esto que de corrido oyó Aldonza quedó irremediablemente emplazada su curiosidad para escuchar muchas más cosas contenidas en aquel arca de palabras.

Aquella misma tarde, y ya hacía varias de ello, se dio prisa en recoger los platos en sus vasares y, tomando una labor como pretexto, se acercó a la casa de su amigo que la esperaba para comenzar el relato. Y comenzó a escuchar atentamente mientras bordaba una A barroca y hermosa en alguna pieza de su ajuar, cuando, al poco, de